



Thomas Wolfe
ESPECULACIÓN



Julio de 1929. John, «oscuro profesor en una de las universidades de la ciudad», vuelve en tren a la casa familiar, al pueblo que dejara hace años. En la estación lo esperan su madre y su hermano Lee, que muy pronto lo pondrán al día: el pueblo, su pueblo, el lugar del silencio y la paz, del viento en las calles, de los sonidos de la noche, está a punto de convertirse en una «gran ciudad». Todos, incluso su familia, viven embriagados por la fiebre del *boom* inmobiliario, de la especulación, que ha sustituido en todo el país a la antigua fiebre del oro: comprar barato, vender caro, volver a comprar, y empezar de nuevo.

Los mejores lugares del pueblo han sido mutilados, incluso ha sido invadida la hermosa colina verde, con lechos de flores y madre selvas, en cuya cima se alzaba un inmenso y laberíntico hotel de madera, símbolo de otra época para John. Un ejército de hombres y palas ha abierto nuevas calles y levantado tiendas y talleres y edificios de oficinas y aparcamientos. Todo nuevo, brillante, pero inestable.

Esta extraordinaria novela corta de Thomas Wolfe no sólo nos habla de la vida en los Estados Unidos previa a la Depresión de los años 30, sino de nuestro propio presente, como si estuviéramos ante un espejo en medio de una pesadilla, y lo hace con tanta exactitud que nos produce escalofríos: ¿un escritor de otro tiempo que se pasea por las urbanizaciones a medio construir de nuestras ciudades?

«La obra de Wolfe gira entre el desgarramiento y la nostalgia; entre la sensualidad y una exasperada y vehemente imaginación; entre el lirismo exaltado y la torturada densidad; entre el exilio permanente y el desarraigo o unión imposible a una tierra aparentemente infinita, la americana». (Mercedes Monmany, *ABC*).



Thomas Wolfe

Especlación

ePub r1.3

Cervera 31.07.2017

Thomas Wolfe, 1938

Título original: *Boom Town*

Traductor: Juan Sebastián Cárdenas

Editor digital: Cervera

ePub base r1.2



I

Por la ventanilla del tren vio la tierra chata e informe de Nueva Jersey, con su hirviente carga de hombres y edificaciones, de barriadas, lodazales y mugrientos vecindarios, de suburbios y toda la fealdad de la industria: ceniza y descampados, óxido y desechos, rastros y baldíos y madera, acero y cristal cubiertos de hollín, y chimeneas de fábricas que humeaban sin parar ante las ventanillas del tren, hasta los confines de la tierra sofocada.

En las primeras horas de la tarde, aquella tierra chata y anodina se desvanecía entre poderosas y cansinas rachas de calor: aquella tierra parcheada y polvorienta, tórrida, con sus burdos pastizales amarillos y secos y los tallos rucios y sin flores de la maleza. A continuación, bajo un cielo abrasador y calcinante, el tren se abrió paso a través de los estados de Pensilvania, Delaware y Maryland, hizo una parada de cuarenta minutos bajo el agónico resplandor de aquella agotadora jornada en Washington y sólo hacia el anochecer rodó lentamente sobre el Potomac y entró por fin en la ancha y calurosa región confederada de Virginia. Junio llegaba a su fin: hacía demasiado calor y no había llovido en semanas.

A medida que el tren avanzaba, se desenvolvía el gigantesco panorama de todo un continente que boqueaba para recuperar el aliento: por todas partes, en el interior sofocante y verde de los vagones, y afuera, en las estaciones que marcaban las pausas del viaje, no se hablaba más que del calor y la sequía: a bordo de las grandes locomotoras que iban echando humo lentamente sobre las vías, amodorrados como enormes gatos, los maquinistas se secaban los rostros compungidos con un trapo sucio y los marchitos pasajeros de los otros trenes se abanicaban desganadamente las caras con un lánguido abanico de periódico o permanecían en sus sillas, abatidos entre la humedad y el bochorno.

A lo largo de toda la noche se quedó echado en su oscura litera y admiró, como hiciera tantas veces en el pasado, la vieja tierra de Virginia a medida que ésta pasaba fugazmente frente a él bajo el silencioso hechizo de la luna. Campo, colina, riachuelo y barranco y bosque dormido, luego campo, colina y riachuelo y barranco y bosque otra vez, la vieja tierra, la tierra imperecedera de América, que seguía pasando fugazmente frente a él bajo el elevado silencio de la luna.

En medio de la quietud fantasmal de la tierra el tren confundió para siempre su atronador ruido con otros mil ruidos más, embrujado por el conjuro del tiempo. Y el sonido evocó para el hombre un millón de imágenes: viejas canciones, viejos rostros y recuerdos olvidados y todas esas cosas extrañas, inefables y calladas que los hombres saben y viven y sienten y para las que nunca se encuentra un lenguaje, la leyenda de los tiempos oscuros, la triste brevedad de los días, el raro y cruel milagro de la vida misma. Y a través de aquella combinación de mil ritmos escuchó, como escuchara otras diez mil veces en su infancia, la rueda de la locomotora, el tañido de la campana, el silbato del tren. Remoto, tenue y solitario como un sueño, aquel ruido lo alcanzó una vez

más a través del inmenso conjuro del tiempo, el silencio y la tierra, evocando, como siempre, la muda profecía de la vida, su secreto y salvaje grito de gozo y de dolor y sus intolerables promesas de nuevos territorios, una mañana, el esplendor de una ciudad.

Pero el extraño y solitario grito del enorme tren, que lo había acompañado toda su vida y que, remoto y tenue desde alguna montaña verde del Sur, tantas veces lo alcanzara en las noches de la infancia con sus grandes promesas de fuga y oscuridad, ahora le hablaba con la extrañeza no menos intensa del regreso. Pues estaba volviendo a casa. Y tan repentina, ciega y furiosa como su errancia se presentaba ahora el retorno. Estaba de regreso al hogar y no sabía con certeza por qué.

¿Qué buscaba? ¿Qué esperaba encontrar en casa? No lo sabía. Vagabundo incansable durante veinticinco años, oscuro profesor en una de las universidades de la ciudad, átomo innominado en medio del portentoso enjambre humano de la vida urbana, él no era bajo ningún parámetro eso que en su pueblo natal se entendía por «un ganador», por «un triunfador». Y a nada en el mundo le temía más que al ojo afilado y calculador, que a los juicios mundanos, de aquel pueblo. Y, sin embargo, allí estaba de regreso. ¿Por qué?

De repente lo asaltó un recuerdo de sus años lejos de casa, los años de errancia en tantas tierras y ciudades. Recordó cuántas veces había añorado el hogar con tanta pasión e intensidad que, con sólo cerrar los ojos, era capaz de ver el diseño de cada rincón del pueblo y cada casa en cada calle y los rostros de diez mil personas y el recuerdo de todas sus palabras, la tupida urdimbre de todas sus historias.

A fin de cuentas, ¿se habría sentido así, habría pensado de ese modo y recordado con ardorosa precisión si todo aquello no hubiera tenido importancia y si, en la vasta inquietud de su espíritu vagabundo, aquel pequeño pueblo y las colinas inmortales que lo rodeaban no fueran el único hogar que tenía sobre la tierra? Imposible saberlo. Lo único que sabía era que los años corren como el agua y que un buen día los hombres vuelven a casa.

El tren siguió rodando a través de la tierra bañada por la luna.

II

A la mañana siguiente, cuando se asomó por la ventanilla del tren, las colinas seguían allí: se alzaban inmensas y mágicas sobre el agua azul, y de pronto también estaban allí el frío, el destello vinoso del aire, el fulgor iridiscente. Le pareció entonces que nunca se había marchado de aquel lugar y que todo cuanto le había sucedido durante los años de ausencia no era más que un sueño.

Por encima de su cabeza se alzaba la enorme silueta de las montañas, las formas escarpadas, la densa masa verde de los bosques, los barrancos desgarrados de los pasos de montaña, la vertiginosa elevación y los repentinos abismos. Vio las pequeñas cabañas en el filo mismo del barranco, el riachuelo y el abismo; allá abajo, en las remotas gargantas; cabañas como de juguete y, pese a ello, tan cercanas, más reales que un sueño. Todo esto, tan lejano, tan cercano, tan extraño y tan familiar, recuperado como algo que conocemos desde siempre, algo siempre recordado y que perdemos en el mismo instante en que lo hallamos, la quietud imperecedera de la tierra en su encuentro con los íntimos esfuerzos del tren por remontar la pendiente entre sinuosas curvas; todo esto le resultaba cercano e instantáneo como una visión, más irrecuperable, y a la vez más familiar, que el rostro de su madre.

Por fin el tren se deslizó por el largo y empinado declive hasta la intersección suburbana, a dos millas del pueblo, donde su familia siempre venía a esperarlo cuando volvía a casa. Pero incluso antes de que el tren hubiera llegado a detenerse del todo en la pequeña estación, él ya se había asomado por la ventanilla para distinguir, con esa misma sensación de reconocimiento instantáneo, las figuras de su madre y su hermano esperándolo en la plataforma, tal como podía prever.

Vio a su hermano Lee, que se balanceaba inquieto sobre sus pies planos y trataba de encontrarlo en cada ventanilla del tren. Vio la robusta y pequeña figura de su madre plantada sólidamente, con las manos cruzadas delante del pecho en un apretón holgado y poderoso, su rostro blanco, su delicada boca fruncida, con la que apuntaba hacia las ventanillas del tren, su mirada, que se clavaba aquí y allá con una velocidad animal, perpleja y curiosa, y con esa intensidad que era marca de su familia.

E incluso cuando ya se descolgaba por las escalerillas del Pullman y, maleta en mano, se dirigía a la plataforma atravesando el lecho rocoso de las vías y el brillo portentoso de los rieles, supo de inmediato, con su intuitiva sensación de extrañeza y reconocimiento, qué cosas le dirían exactamente en el momento del reencuentro.

Ahora su madre y su hermano lo habían divisado. Y vio cómo su madre le hablaba con emoción a su hermano antes de acercarse hasta él. Y ahora era su hermano el que venía a toda prisa, con su ancha y torpe mano extendida en un gesto de bienvenida, su gruesa voz de tenor saludándolo a medida que se aproximaba:

«¿Qué tal, muchacho?», gritó. «¡Venga esos cinco!», exclamó efusivamente mientras se detenía frente a él para apretarle la mano. «Me alegra mucho verte, John».

Y sin dejar de gritar toda clase de saludos, intentó hacerse con la maleta. La inevitable discusión, vehemente y llena de protestas, empezó de inmediato, y un instante después, como siempre, los dos hermanos caminaban hacia la plataforma, Lee, el mayor, en triunfante posesión del equipaje y soltando improperios sin parar como única respuesta a las protestas del otro. «¡Oh, por el amor de Dios! ¡Déjalo! ¡Ya te ocuparás de mí cuando yo vaya a la Gran Ciudad a visitarte!... ¡Mira, mamá está aquí!», dijo abruptamente mientras subían a la plataforma.

La mujer lo esperaba con aquel gesto tenso, y más bien confuso, tan característico de ella en los momentos de fuerte excitación. Su poderosa y delicada boca sonreía trémula; sus ojos castaños, lívidos y cansados estaban humedecidos por las lágrimas, que siempre parecía provocar la imagen de la llegada o la partida de un tren.

«Hola, mamá», dijo él de modo un poco brusco y emotivo. «¿Cómo estás, mamá?».

La abrazó con fuerza y le plantó un beso torpe en la blanca mejilla. Casi al instante ya se habían dejado de abrazar y su madre, agarrándolo de la mano con tibia firmeza, dio un paso atrás y lo miró con aquella vieja expresión trémula, medio jocosa, que tantas veces había usado con él cuando era niño.

«Vaya, vaya, vaya», dijo. «Hummm», dijo, produciendo un leve canturreo mientras hablaba, «mi neeeene».

John se ruborizó e hizo un gesto indefinido de vergüenza, incapaz de hallar nada apropiado que decir. Entonces lanzó una rápida mirada a su hermano; por un momento se miraron con ojos afligidos, luego ambos empezaron a sonreír a la vez, él de manera sombría, su hermano con una sonrisa amplia y diligente de euforia salvaje, cosa que de repente rompió la belleza de su rostro con un regocijo idiota y exultante. Tras aquella sonrisa vino de inmediato un alboroto de carcajadas demenciales, su hermano soltó un estridente «¡Jajaja... ja... ja!», palmeándose la frente con el dorso de su torpe mano. «¡Mi nene... Jajajaja!», gritó de nuevo y se volvió a palmearse la frente. «Dios santo».

«Bueno, bueno, hijito», intervino su madre bruscamente, «vamos, vamos, que en casa te está esperando un buen desayuno».

«¿Cómo está Helen, mamá?», preguntó de pronto John, algo contrariado por el hecho de que su hermana no hubiera ido a buscarlo a la estación.

«¿Eh? ¿Cómo? ¿Helen?», se apresuró a responder su madre con un agudo tono de sorpresa. «Oh, Helen está bien. Y sí, claro, llamó antes de

que saliéramos esta mañana y nos pidió que te saludáramos con cariño de su parte y que te dijéramos que irá luego a verte. Dijo que le habría gustado venir a buscarte pero que tenía que quedarse en casa porque Roy McIntyre había telefonado para decirle que tenía una propuesta para ese sitio que tienen en la calle Weaver, así que quería llevarlo allí cuanto antes para que lo viera. Por supuesto, ella y Hugh están ansiosos por vender, quieren mudarse de allí y construir en uno de esos terrenos que tienen en Grovewood Terrace. Dicen que pueden obtener ocho mil por la casa; dos mil menos. Pero le dije que sólo admitiera dinero en efectivo. Y le dije que no escuchara a Roy McIntyre si éste intentaba cambiarles la casa por cualquiera de esos terrenos que tiene allá arriba, en la colina de Ridgewood».

En este punto la madre hizo un gesto en dirección a la montaña, una pendiente frondosa y verde que se extendía detrás de las vías del tren, y con un temblor leve y casi compulsivo de su rostro poderoso y arrugado, meneó la cabeza en un enfático gesto de negación.

«¡Mamá!». Lee, que durante el curso de estas noticias había estado balanceándose inquieto sobre sus dos grandes pies, metiéndose distraídamente los dedos entre el pelo brillante y consultando el reloj con algo de incomodidad, habló por fin en un tono de paciente cortesía, quizás un tanto forzada: «Tal vez deberíamos ponernos en marcha...».

«Oh, sí, claro», exclamó ella al instante en un tono abrupto y alegre, aunque más bien acataba con sorpresa. «Eso, claro. Ahora mismo, sí señor. Estoy lista cuando haga falta. Venga, vamos». Dicho lo cual empezó a caminar con un movimiento confuso y tenso de su gran estructura.

«Pero como os decía», se apresuró a reanudar el relato mientras se dirigía a John de nuevo, «le dije que hiciera oídos sordos si él intentaba ofrecerle un trueque. No señor». En este punto meneó la cabeza con gesto enfático. «Se lo dije a Helen. Si eso es lo que se propone, yo no le prestaría atención ni por un segundo. Hummm —y sacudió la cabeza con una sonrisita despectiva—. Porque eso es exactamente lo que se proponía, claro. ¡Ja, cómo no! Entendéis lo que se proponía, ¿no? ¿Y por qué no intentó el mismo truco conmigo? ¿Acaso vino a pedirme a mí lo mismo? ¿Acaso intentó negociar así conmigo? En fin, eso es más o menos lo que pasó a finales de abril», concluyó impaciente con un gesto desdeñoso de su ancha mano, como si toda aquella información fragmentaria y explosiva resultara comprensible para todo el mundo. «En cuanto al doctor Gibbs, a Rufe Mears, a Erwin Featherstone y a todo el resto de la panda que entró en el negocio, él les soltaba: Le diré lo que haremos. Sabemos que usted es un buen negociante, respetamos su criterio y queremos que esté con nosotros; y sólo por eso, imagínese, le voy a dar tres de mis estupendos terrenos de Pinecrest Road, en Ridgewood, a cambio de la casa y el terreno que usted tiene en Preston Avenue... Y les decía también: Usted no tiene que poner un centavo de su dinero. Le ofrezco un trato justo para que se una a nosotros...».

III

«Mamá», interrumpió John con desesperación, atónito ante aquella loca obsesión que había conquistado y desbordado por completo a su madre, de modo que todas las demás cosas sobre la tierra —la casa, los amigos, los hijos, las ausencias y el regreso, lo que habría de contar sobre su vida— parecían estar sumergidas y, de momento, olvidadas; «mamá», insistió desesperadamente, aunque aterrado, sin saber qué más decir, «¿no crees que sería mejor si...?».

«¿Eh? ¿Cómo dices?». Arrancada de su torrencial obsesión lo miró de golpe con la instantánea y velocísima concentración de un pájaro. «En fin, como te estaba contando», prosiguió al ver que no obtenía respuesta, «en cuanto vinieron a verme se lo dije: Roy McIntyre, el viejo Gibbs y, por supuesto, Rufe Mears», continuó pensativa, «estaban metidos en eso...».

«¿Por qué...?», interrumpió John con la ciega confusión de un hombre que hubiera llegado de repente a un continente desconocido. «¿Por qué no nos vamos mejor a casa a desayunar y así, de paso, llamamos a Helen? ¿No os parece?».

«¡Pues claro que sí! ¡Eso mismo! ¡Estoy lista, sí señor!».

«Creo que sería mejor, mamá», dijo Lee amablemente, con un tono de tortuosa súplica, casi cómico, entre la paciencia y la exasperación, «será mejor que nos vayamos...». Y en aquel instante sus ojos atormentados se encontraron, se detuvieron, descansaron por un segundo en la expresión atónita y maravillada que su hermano le dedicó. Por un momento se miraron con una mirada grave, intrigada. Y casi de inmediato vio estallar una sonrisa indómita en el rostro de su hermano.

«¡Ehhh!», gritó Lee, «¡Ehhh!», pinchando a su hermano en las costillas.

«¡Basta, basta!», gritó John.

«Ya verás... Oh, sí, ¡ya verás!», dijo su hermano con sorna. «Francamente: me río con sólo pensarlo, francamente, sí señor», dijo luego adoptando un tono muy serio. Y al ver el rostro desconcertado que tenía frente a él, prorrumpió nuevamente en un atronador grito: «¡Ehhhhhhh! ¡Ehhhhhhh! ¡Ya verás!». Y, a continuación, burlón y misterioso: «¡Oh, sí, ya verás! Diecinueve horas al día, desde el alba hasta las tres de la madrugada: no conocen límites —apenas podía contener la risa—. Estarán esperándonos allí cuando lleguemos, alineados delante del porche en un comité de recepción para saludarte y rajarte el cuello, todos y cada uno de los grandes jefes del negocio inmobiliario del pueblo. El viejo *Cabeza de caballo* Hines, el enterrador; Roy *Despelléjalos vivos* McIntyre; Rufe *Ojo de mofeta* Mears, el demonio promotor; y el veterano *Chupasangres* Gibbs, viudo y huérfano señor de Arkansas. ¡Todos, todos estarán allí! —añadió maliciosamente—. Mamá les dijo que serías un buen candidato, así que te están esperando. ¡Todos y cada uno de los chorizos y matarifes del negocio de bienes raíces de

este pueblo! ¡Te ha tocado el turno! Les dijo que venías de camino y ahora estarán dibujando planos para ver quién se queda con tu camisa y quién se queda con tus pantalones y tus calzoncillos. ¡Jaaajaaajaaa! ¡Sí señor!».

«Conmigo no tienen nada que hacer», dijo John malhumorado, «porque, para empezar, no soy dueño de nada».

«¡Ja!», gritó Lee. Y siguió burlándose: «Eso no importa. Si tienes un botón extra en el cuello de la camisa lo tomarán como cuota inicial y luego... y luego... ¡jajaja!... te van a quitar los malditos gemelos, los calcetines y los tirantes de los pantalones en cómodas cuotas, año tras año. ¡Jajajaja!». Pinchaba a su hermano con dedos torpes al ver su expresión sombría y perpleja. Pero cuando vio que su madre lo miraba con aquel semblante pálido, arrugado y reprobatorio, empezó a pincharla a ella también en las costillas, cosa que la hizo chillar de fastidio mientras azotaba las rudas manos de su hijo.

«¡Te vas a enterar, muchacho!», gritaba. «¿Qué demonios te pasa? Deja de actuar como un tonto. ¡Te vas a enterar!».

«¡Jajaja!», respondió de nuevo Lee. Luego, sin dejar de sonreír, agarró la maleta de su hermano y cruzó rápidamente la plataforma de la estación en dirección a su pequeño y abollado coche, que estaba aparcado en la cuneta, a pocos pasos.

Y de esta manera, perseguido a lo largo del camino por el parloteo torrencial de su madre, que le ofrecía con enciclopédico detalle la historia financiera de cada propiedad por la que pasaban, puntuada de tanto en tanto por los pinchazos que su hermano le daba en las costillas, la ilimitada y exultante locura de sus grandes carcajadas, el joven nativo, después de años de errancia, regresaba a su pueblo una vez más... para encontrar allí una forma de vida extraña y enloquecida, una ciudad resplandeciente, una furia salvaje, una ebriedad que no había visto antes.

IV

Las calles eran un hervidero de vida exuberante y enloquecida, y rebosaban de un tráfico extraño y ostentoso: mil puntos de relucientes maquinarias que lanzaban destellos imperiales en el aire caliente y lleno de rostros nuevos que nunca antes había visto. Y los rostros de la gente que conocía arrojaban su luz de vez en cuando como puertas evocadas, como una calle por la que hubiera pasado en algún momento o como faros en la inmensa oscuridad de una costa solitaria.

Sin embargo, en todos aquellos rostros, ya fueran lugareños o extraños, ardía el mismo fulgor ebrio, el mismo jolgorio demencial. Los pies de John esquivaban los raudos cuerpos, que se cruzaban y giraban como si la energía galopante de alguna poderosa droga se hubiera apoderado de todos. Por primera vez fue testigo del increíble espectáculo de una población entera en estado de embriaguez: embriagados todos con el mismo licor potentísimo, embriagados con una intoxicación que no cesaba nunca, y nunca parecía dejarlos agotados, muertos o satisfechos, sino que los elevaba constantemente a nuevas alturas de una exuberancia inquieta y atropellada.

Por la calle, la gente a la que conocía de toda la vida le gritaba, le agarraba la mano y se la estrechaba diciendo: «¡Qué pasa, muchacho! ¡Me alegra verte por aquí de nuevo!... ¿Piensas quedarte algún tiempo con nosotros? ¡Muy bien! Nos veremos luego, claro. Ahora voy con prisa: tengo que encontrarme con un tipo en la esquina para firmar unos papeles. ¡Me alegra verte, muchacho!». Y se desvanecían después de haber pronunciado aquel tempestuoso saludo sin hacer una pausa y sin perder su ritmo al caminar, tirando de él, arrastrándolo con ellos mientras le apretaban la mano.

La conversación era brutal e incesante: un tumulto de voces y voces unidas en variaciones de un único coro: especulación y bienes raíces.

La gente se reunía en grupos delante de las cafeterías, delante de la oficina de correos, al pie de las cunetas, frente a los juzgados y el ayuntamiento. Se afanaban por la calle hablando con absorta y apasionada seriedad, concediendo medio distraídos algún que otro gesto de saludo a los conocidos que se cruzaban por el camino. Los promotores inmobiliarios estaban por todas partes. Sus coches y camiones rugían por todo el pueblo y más allá, en dirección al campo, transportando muchedumbres de clientes potenciales. Podía vérselos en los porches de las casas desplegando planos y folletos mientras vociferaban incentivos y promesas de repentina riqueza en los oídos de las ancianas sordas. Todos eran presas de caza para ellos: el cojo, el tullido y el ciego, los veteranos de la Guerra Civil o sus decrépitas viudas, y también los chicos y las chicas de las escuelas, los camioneros negros, los ascensoristas, los vendedores de soda, los limpiabotas. Todos invertían en el negocio inmobiliario y cualquiera se consideraba un «promotor», ya fuera de nombre o en la práctica. Los barberos, los abogados, los fruteros, los carniceros, los constructores y los sastres, todos estaban comprometidos en un único interés, todos compartían la

misma obsesión. Y no parecía haber más que una sola regla, una ley preponderante e infalible: comprar, siempre comprar, pagar cualquier precio que se pidiera y vender de nuevo a los dos días al precio que uno decidiera fijar.

Era algo fantástico: en todo el pueblo, en todas y cada una de sus calles, las propiedades se estaban vendiendo por metros, por centímetros; miles de dólares se pagaban por cada milímetro de fachada en aquellas calles, y cuando éstas se acababan, se creaban otras más con febril entusiasmo; e incluso antes de que las calles se pavimentaran, o antes de que una sola casa fuera construida, la tierra ya se estaba vendiendo al metro, al centímetro... por miles y miles de dólares.

Un espíritu de ebrio derroche y salvaje destrucción cundía por todas partes a ojos vista: los mejores lugares del pueblo habían sido mutilados por un coste de millones de dólares. En el centro, por ejemplo, había una hermosa colina verde, engalanada de ricos pastos y señoriales árboles, con lechos de flores y madre selvas y en cuya cima se alzaba un inmenso y laberíntico hotel de madera. Se trataba de un glorioso y viejo lugar, un intrincado espacio de alas y corredores, de grandes porches, recibidores, salones y patios que durante cuarenta años había sido el sitio más encantador del pueblo y desde el cual se apreciaba el paisaje más adorable y mágico que la tierra pueda ofrecer: el vasto panorama de la sierra de Smoky. Pues bien, ahora ya estaban invadiendo esta colina encantada.

John pudo recordar el inmenso y laberíntico hotel, con sus amplios porches y sus cómodas mecedoras, los incontables alerones y gabletes, élficos, góticos, caprichosos y fantásticos, las gruesas alfombras rojas en los amplios corredores y el viejo vestíbulo, un espacio de cuero rojo ahuecado y deformado por las espaldas de los hombres, los olores del tabaco y el tintineo helado de las grandes copas. Había también un comedor espléndido y acogedor lleno de risas y murmullos, con aquellos negros expertos y empalagosos que eran todo reverencias y reían los chistes a los ricos hombres del Norte, mientras les servían con devota gracia una comida deliciosa servida en antiguas bandejas de plata.

Recordó todas estas cosas, así como las miradas tiernas o alegres de las gloriosas mujeres, las esposas e hijas de los ricos. Y de pronto se vio tocado con inenarrable misterio por todo aquello; por la belleza, la fama y la riqueza y por todos los espléndidos viajeros venidos desde muy lejos y que, de alguna manera, le traían maravillosas evocaciones de un mundo desconocido y dorado, con sus miles de fabulosas ciudades y sus apasionadas y orgullosas canciones de gloria, fama y amor.

Ahora ya no existía nada de esto: un ejército de hombres y palas había avanzado sobre la gran colina verde para convertirla en un feo montículo de barro, un barro pavimentado con el desolado horror del duro hormigón blanco: habían construido tiendas y talleres y edificios de oficinas y aparcamientos, todo nuevo, impecable. Y también habían construido un gran hotel nuevo donde antaño estuvo el viejo: una

estructura de dieciséis plantas de ladrillo y hormigón, severa, afilada y cruel, que parecía cortada por el mismo patrón que miles de otros edificios en toda la región, como hecha con un gigantesco molde de galletas, y que llevaba el pomposo nombre de Hotel Ritz-Altamont.

V

Uno de aquellos días, en medio del rutilante tumulto, se encontró de repente con Robert Weaver, un compañero de la universidad y antiguo amigo de la infancia. Robert recorrió a toda prisa la abarrotada calle con su paso ansioso y atrevido, y al instante, sin mediar una sola palabra de saludo, se lanzó a aquella cháchara abrupta y fragmentaria que siempre había sido característica de él, pero que ahora, bajo el pulsante estímulo de aquella atmósfera, resultaba febril y excesivamente enfática.

«¿Cuándo llegaste?... ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?... ¿Qué opinas de lo que está sucediendo aquí?». Luego, sin esperar una respuesta, le preguntó de un modo desdeñoso, brusco y desafiante, casi impaciente: «Y bien, ¿qué planes tienes para el futuro? ¿Ser maestro toda tu vida y ganar dos mil al año?». El tono despectivo, con su insinuación de superioridad, una insinuación que desde su regreso había sentido intensamente entre aquel enjambre de gente enfervorizada, soberbia y convencida de su éxito imaginario, de su gran riqueza, incitó a John a responder: «¡Hay peores cosas que ser maestro de escuela! ¡Ser un millonario de papel, por ejemplo! En cuanto a los dos mil al año, créeme que de veras existen, Robert. No es dinero de la especulación, es dinero que se puede gastar. Te puedes comprar un sandwich de jamón con ese dinero». Robert se rió a carcajadas. «¡Tienes razón!», dijo, «no te culpo. ¡Lo que dices es cierto!». Y empezó a menear la cabeza lentamente: «Dios, Dios, se les ha nublado la mente a todos por aquí, ¿eh?... Nunca había visto algo así en toda mi vida... Vaya, están más locos que una cabra», maldijo. «No se puede hablar con nadie... no se puede razonar con ellos... no te escuchan... están vendiendo propiedades por precios que no verías ni en Nueva York».

«¿De veras las están *vendiendo* ?», dijo John.

«Bueno», dijo su amigo con una risita en falsete, «obtienen los primeros quinientos dólares... Los quinientos mil restantes se pagan a plazos, con el tiempo...».

«¿En cuánto tiempo?».

«¡Dios, no lo sé...! Todo el que quieras, supongo... Para siempre... Eso no importa, porque al día siguiente vendes por un millón».

«¿En serio?».

«¡Por supuesto!», gritó entre carcajadas. «Ganas medio millón de un plumazo».

«¿Así de fácil?».

«¡Claro que sí!», dijo Robert. «Así de fácil... Es una locura, una locura». Continuó riéndose y meneando la cabeza. «Así es como lo hacen», dijo. «¿Tú también estás metido en el negocio?».

Sus ademanes se volvieron a la vez febriles, graves y excitados: «¡Amigo, es la cosa más endiablada que te puedas imaginar!», dijo. «Estoy ganando dinero a manos llenas: hice trescientos mil dólares en los últimos dos meses. ¡Amigo, te lo digo en serio!... Ayer cerré un trato y volví a vender de nuevo todo el terreno dos horas más tarde... ¡Cincuenta mil dólares de un plumazo!», chasqueó los dedos. «¿A tu madre no le gustaría vender su casa de la calle Spring?... ¿Se lo has preguntado?... ¿Crees que estaría dispuesta a escuchar una oferta?».

«Sí, si le dan lo bastante».

«¿Cuánto quiere?», preguntó Robert impaciente. «¿Hablamos de unos doscientos cincuenta mil?».

«¿Podrías conseguir esa cantidad para mi madre?».

«Podría conseguirla en veinticuatro horas», dijo. «Conozco a una persona que se la sacaría de la chistera en cinco minutos... Te diré lo que vamos a hacer, John: si logras convencerla de que venda, dividiré la comisión contigo... te daré cinco mil dólares».

«Muy bien, Robert, trato hecho. ¿Te importaría dejarme cincuenta centavos a cuenta?».

«¿Crees que venderá la casa?», preguntó el otro febrilmente.

«No lo creo. Creo que va a esperar».

«¿Esperar? No hay nada que esperar. Ahora es cuando las cosas están en su momento cumbre. ¡No encontrará una mejor oferta!».

«Lo sé, pero estamos esperando encontrar petróleo en el patio trasero de un momento a otro».

En aquel instante se produjo una llamativa perturbación en las corrientes del tráfico callejero. Un esplendoroso automóvil se apartó del flujo de vehículos más modestos y se deslizó rápidamente hacia la acera, donde se detuvo con un movimiento sutil: una pantera de opulenta maquinaria, un destello de níquel, cristal y acero bruñido.

Del coche surgió una criatura de atuendo estrafalario que se plantó en el pavimento con aire de indolencia principesca, un bastón de malaquita colocado distraídamente bajo el brazo derecho. Lenta, fastidiosamente, se quitó un par de guantes de color limón para dejar al descubierto sus dedos manchados por la nicotina, mientras se dirigía a un chófer vestido de librea: «Puedes irte, James. Ven a buscarme en media hora».

El rostro de la criatura era fino, demacrado y tan moreno como el de un mexicano; sus ojos, del color del carbón, brillaban con el fuego sobrenatural de los adictos a las drogas; sus mandíbulas sin dientes habían sido tan fastuosamente provistas de un juego de dientes falsos y brillantes que ahora sonreían y castañeteaban ante el mundo con la protuberante aridez de un esqueleto.

La figura entera, aunque pesada y aparatosa, tenía una apariencia endeble y consumida que hacía pensar en un libertinaje descomunal. Avanzaba con su falsa y estéril sonrisa, apoyando el peso de todo su cuerpo sobre el bastón, cuando de repente John reconoció a aquella ruina local, a la que tan bien conocía desde su infancia bajo el nombre de Rufus —o *Rufe*— Mears.

J. Rufus Mears —aquella J. era un añadido reciente y completamente arbitrario que, sin duda, se ajustaba a sus ideas sobre la gloria financiera y profesional, algo apropiado para la vertiginosa cúspide de los asuntos del pueblo donde se hallaba encaramado— era la oveja negra de una familia pudiente e industriosa de la comunidad.

Desde un principio la trayectoria de Rufe había sido tétrica, azarosa y desgraciada. Una energía oscura y corrupta hervía sin cesar en su interior, siempre dispuesta a arañarle a la vida una rápida y palpitante fortuna de la manera más sombría y arriesgada. Rufe era asediado constantemente por el fantasma del «dinero fácil». En una ocasión había acabado en la cárcel durante una temporada por manipular unas máquinas tragaperras; en otra, fue condenado a trabajos forzados por regentar una destilería clandestina; y en otra más se metió en un lío muy serio cuando empezó a recorrer los pequeños pueblos de la zona con un espectáculo musical burlesco, cuyo coro estaba compuesto por un grupo de chicas ignorantes del vecindario, que no tenían experiencia alguna en el teatro y que habían sido arrastradas a aquella empresa deleznable gracias a la negra y embaucadora lengua de Rufe.

Con el paso de los años su desintegración física y mental era notoria; se había vuelto adicto a la cocaína y sus oscuros ojos solían arder con un brillo febril. Todos sabían que Rufe ya no era mentalmente responsable de sus actos. Había estado preso en otras ocasiones, y en una de ellas, después de telegrafiar al periódico de la mañana para contar la conmovedora y emocionante historia de su muerte violenta, ocurrida en otra ciudad, lo habían encerrado durante una temporada en el asilo estatal para dementes.

Ese era el Rufe Mears que John, como el resto del pueblo, había conocido. El mismo Rufe que ahora se hallaba frente a ellos vestido con el atuendo fantástico de un bufón de la corte, la encarnación visible y suprema de aquella locura asombrosa y extravagante que todos padecían. Pero al igual que un jugador que apuesta una fortuna en un momento de caprichosa fe o superstición, confiando su dinero a manos de un extraño e instándolo a jugar con él porque el color de sus ojos le trae buena suerte, o al igual que los apostadores del hipódromo frotan la chepa de un jorobado para que les traiga suerte, ahora la gente del pueblo escuchaba con devoción cada palabra pronunciada por Rufe Mears. Todos reclamaban codiciosamente la opinión de Rufe Mears para sus arriesgadas especulaciones y todos actuaban al instante siguiendo sus órdenes o sugerencias.

Se había convertido —de qué modo, por qué razón, con qué pruebas de su competencia, son cosas que se ignoraban— en el sumo sacerdote y profeta de toda aquella locura y derroche.

Todos sabían que era un hombre de pocas luces y un delincuente, que andaba siempre drogado, enfermo y en bancarrota, pero lo utilizaban como alguna vez los hombres usaron las varitas de zahori; le rendían

tributo como se dice que en Rusia la gente idolatraba al tonto del pueblo: con la fe increíble y absoluta de que algún divino don de la intuición haría infalibles todos sus juicios.

Tal era la criatura que ahora tenía delante, la misma sobre la cual ya se habían posado las miradas respetuosas de los transeúntes, la misma que Robert se giraba para observar con un movimiento de febril ansiedad, mientras le decía a John brusca y perentoriamente a la vez que se alejaba de él: «Espera un segundo... tengo que hablar con Rufe Mears sobre un asunto... Espérame, vuelvo enseguida».

John fue testigo de la pasmosa escena: Rufe Mears, todavía quitándose los guantes de sus dedos amarillentos con ademanes aburridos y casuales, se dirigía hacia la entrada de la farmacia, mientras Robert, con una actitud suplicante y obsequiosa, caminaba junto a él, encorvando su espigada figura para arrojarle un vulgar torrente de preguntas frenéticas de las que John alcanzó a oír apenas algunos fragmentos llamativos: «... propiedad en Altamont Oeste... Setenta y cinco mil dólares... La opción se cierra mañana al mediodía... John Ingram tiene su terreno encima del mío... No venderá... Plantarse por ciento cincuenta... La mía es la mejor ubicación... Pero Fred Bynum dice que está demasiado apartada de la carretera principal... ¿Tú qué crees, Rufe? ¿Vale la pena?».

Durante el transcurso de aquella torrencial interpelación, Rufe Mears ni siquiera se volvió para mirar a su interlocutor. De hecho, no dio muestra alguna de haber prestado la más mínima atención a lo que Robert decía. En lugar de ello, terminó de quitarse sus guantes, se los metió en el bolsillo y miró febrilmente a su alrededor con los ojos brillantes en una serie de vistazos azarosos. De repente se quedó rígido, temblando convulsivamente, y empezó a darse golpes de pecho con el puño bien cerrado. Culminada esta operación, tembló una vez más y, como alguien que acabara de salir de un trance, pareció darse cuenta por primera vez de que Robert esperaba su respuesta con actitud devota y suplicante.

«¿Qué decías, Robert? ¿Decías algo?», preguntó rápidamente con su oscuro tono de drogado. «¿Cuánto te ofrecieron por él?... No vendas... ¡No vendas!», dijo de pronto con un énfasis violento. «Ahora es momento de comprar, no de vender... La tendencia está al alza... No vendas... ¡Ése es mi consejo!».

«No pienso vender, Rufe», gritó Robert excitado. «Justo estaba pensando en comprar».

«Oh, sí, sí», masculló Rufe a toda prisa. «Ya veo, ya veo...». Por primera vez se dio la vuelta, repentinamente, y sus ojos brillantes miraron con fijeza a quien lo interrogaba. «¿Dónde has dicho que quedaba ese terreno?», preguntó con astucia. «Rosemont... ¡Dios, Dios! ¡Eso no puede salir mal! ¡Compra, compra!».

Al instante se dirigió a la entrada de la farmacia; unos holgazanes que había en la puerta se apartaron obsequiosamente para dejarlo pasar. Robert corrió a perseguirlo con desesperación y lo agarró del brazo diciendo: «¡No, no, Rufe! ¡No es Rosemont! Sino al otro lado... Era lo que te estaba diciendo... Es el Altamont Oeste».

«¿Cómo?», gritó Rufe maliciosamente, «¿Altamont Oeste?... ¿Por qué no lo dijiste antes? ¡Eso es otra cosa! ¡Compra, compra!... ¡No hay manera de perder!... Todo el pueblo se está mudando allí... Los precios se duplican en seis meses... ¿Cuánto piden?».

«Setenta y cinco mil», jadeó Robert. «La opción de compra se cierra mañana... Cinco años para pagar... Es en el terreno del viejo Buckner, ¡a sólo quince minutos!».

«¡Compra, compra!», ladró nuevamente Rufe antes de adentrarse por fin en la tienda con pasos descoyuntados y decididos; parecía que de un momento a otro sus piernas empezarían a volar por los aires.

Robert se dio la vuelta y regresó adonde se encontraba John, los ojos ardiendo de emoción, anunciando con sus mismos andares y gestos el feroz interrogatorio.

«¿Has oído lo que ha dicho? ¿Lo has oído?», preguntó con jactancia. «¿Lo oíste, no?... ¡Maldita sea, tiene el mejor juicio en temas inmobiliarios que jamás se ha visto! ¡Nunca ha fallado, que se sepa!... ¡Compra, compra!... Se duplicará el valor en seis meses... ¿Has oído lo que ha dicho? Tú mismo has sido testigo», siguió jactancioso, acusador, mirándolo fijamente. «¿No oíste lo que dijo?».

«Sí, lo he oído».

Robert miró a su alrededor con ojos salvajes y confusos, se pasó la mano febril por el pelo varias veces y por último, resollando con fuerza y meneando la cabeza en un gesto de pasmo y asombro, exclamó: «¡Un beneficio de setenta y cinco mil en un solo trato! ¡No había oído nada semejante en toda mi vida!... ¡Por Dios, por Dios! ¿Adonde iremos a parar?».

VII

El domingo por la tarde la madre y sus dos hijos fueron en coche a la única porción de tierra en todo el pueblo que había sido preservada de la furiosa invasión de los agentes inmobiliarios. Se trataba del cementerio, donde estaban enterrados todos los miembros de la familia que habían muerto.

Mientras conducían por las calles del pueblo, la madre, que estaba sentada en el asiento trasero, les ofreció un discurso ininterrumpido, panorámico y exhaustivo sobre la historia especulativa de cada trozo de propiedad por el que iban pasando.

Hablaba sin parar sobre aquellos terrenos, haciendo pausas de vez en cuando para asentir con la cabeza en un enfático gesto de confirmación, gesticulando breve y casualmente con sus anchas y gruesas manos, deteniéndose también un poco para pensar bien lo que iba a decir, con los fuertes labios apretados en un silencio meditativo.

«Lo veis, ¿no?», dijo, asintiendo lentamente para sí misma con un movimiento de convicción y tranquilidad, indiferente al hecho de que la estuvieran escuchando o no, lo mismo le habría dado tener delante a un público de marionetas. «Entendéis lo que quieren hacer aquí, ¿no? Sí, Fred Arthur, Roy McIntyre y el doctor Gibbs, ¡toda esa gente, sí, pues eso!», gritó, arrugando el entrecejo pensativamente. «Eso fue lo que leí el otro día. Venía en el periódico, sí, claro, hace una o dos semanas. Se han propuesto derribar toda esa manzana de edificios para construir en su lugar el aparcamiento más grandioso de esta parte del país. ¿Qué os parece? Necesitan toda la manzana, ya me entendéis, con un bonito edificio de ocho plantas ahí encima, con espacio para más coches en la parte de arriba y despachos. ¡Como lo oís! Incluso están pensando en construir un jardín en la azotea y un enorme restaurante. Y todo eso les va a costar cerca de medio millón de dólares... ¡Ah, y están pagando dos mil dólares por cada pulgada de ese terreno!», siguió. «¡Bah! ¡Por favor, si ésos son precios de la Calle Mayor! ¡Se pueden conseguir locales comerciales en el pueblo por ese precio! Podría habérselo advertido, pero de todos modos —y de nuevo meneó la cabeza con ese ligero temblor desdeñoso— nunca lo conseguirán, ¡no señor! Tendrán suerte si esta vez no los despellejan».

Cerca del cementerio pasaron por un lugar junto a la carretera donde un camino sin pavimentar atravesaba los campos hasta un pinar solitario en la montaña. El lugar estaba flanqueado por dos portales hechos con bloques de granito tallado, puestos allí como marcas de una ciudad espléndida todavía por construirse pero que pronto se alzaría majestuosamente por todas las colinas que se extendían entre los verdes bosques y el río; aquello y un enorme letrero plantado en medio del campo era lo único que había.

Pero mientras pasaban frente a la desolada extensión de pinos y campos y luz menguante alcanzaron a leer algo del letrero. La palabra gigante

en el encabezado decía «Rivercrest». Y un poco más abajo vieron en letras más pequeñas «dedicado».

«¿Eh? ¿Qué dice ahí?», gritó, suspicaz y aterrada, la madre. «¿Qué pone ahí abajo? ¿Dedicado?».

«¡Espera un minuto!», gritó Lee de pronto, descargando su enorme pie plano sobre el freno del coche de un modo tan violento que todos se vieron sorprendidos por la sacudida. El coche se detuvo derrapando con un chirrido y los tres se asomaron para leer bien el letrero:

RIVERCREST

Dedicado a toda la gente de esta región y a la gloria de la Gran Ciudad que construirán aquí.

Leyeron las palabras en silencio durante unos instantes. Luego la madre las repitió con parsimonia y evidente satisfacción. «¡Ajaja!», dijo, asintiendo enfáticamente con un movimiento lento de la cabeza. «¡Eso es justo lo que decía!». Sólo entonces volvieron a ponerse en marcha.

«¡Dedicado!», murmuró Lee para sí mismo. «Dedicado a toda la gente de esta región», murmuró distraídamente, pasándose sus torpes dedos por el pelo. «A la gloria de la Gran Ciudad que construirán aquí... ¡Cómo no, claro! ¡Jaja!», cantó enloquecidamente. «Dedicado... ¿No es maravilloso?», dijo lentamente, en un tono de refinamiento delicado y melindroso. «Dedicado al servicio de toda la gente de esta región». La sonrisa demencial se extendió de repente por todo su hermoso rostro. «¡Jajaja!», soltó súbitamente y se golpeó la sien con su torpe y voluminosa mano. «Dedicado a cortaros el maldito cuello y a desangraros hasta quitaros el último centavo que tenéis. ¡Dedicado! ¡Ja!».

Al llegar al cementerio condujeron muy despacio por un camino que rodeaba todo el lugar, y al cabo de un rato se detuvieron en la cima redondeada de la colina donde se hallaba el terreno con las tumbas de la familia.

Era un buen terreno, quizás el mejor de la colina, y la vista daba hacia el denso y profundo verdor de las laderas y hondonadas boscosas. Algo más allá se veía el centro de negocios de la ciudad. Las murallas, capiteles y edificios de la ciudad, los viejos y también los nuevos; los relucientes hoteles; los edificios de oficinas, aparcamientos y arcadas y bloques de hormigón del *boom* inmobiliario que explotaban junto a los viejos diseños con rutilante violencia. Todo esto se alcanzaba a ver. Era una bonita vista.

Por un momento, después de bajarse del coche, la madre se quedó mirando las tumbas con sus rudas manos dócilmente cruzadas sobre la cintura. Luego, meneando la cabeza a toda velocidad con la boca

arrugada en un gesto de desprecio y abatimiento, dijo: «Hura, no, no, no. Muy mal, muy mal, muy mal».

«¿Qué ocurre, mamá?», preguntó Lee. «¿Qué es lo que está tan mal?».

«Está mal que hayan elegido un lugar como éste para hacer el cementerio», se lamentó ella. «Pues, como le dije a Frank Candler el otro día, ¡no se les ocurrió nada mejor que dar los mejores terrenos y regalárselos a los negros y a los muertos! ¡Eso es exactamente lo que hicieron! Eso es lo que he dicho siempre: que los mejores terrenos para construir en todo el pueblo, por su belleza natural, son el barrio de los negros y el cementerio de Riverview. Podría habérselo dicho hace años. Y ellos mismos lo habrían descubierto si alguna vez hubieran sabido mirar más allá de sus narices: ¡que algún día el pueblo crecería y que estos terrenos costarían una fortuna! ¿Por qué? ¿Por qué diablos? Cuando estaban buscando un lugar para el cementerio, ¿por qué demonios no se les ocurrió buscar uno al otro lado del río, allá en Patton Hill, por ejemplo, donde hay una hermosa vista...? No sé, en algún lugar fuera del pueblo donde la propiedad no tuviera tanto valor. ¿Pero aquí? ¿Por qué aquí?», chilló. «¡Esto es, por ley, un terreno para construir! Y en cuanto a los negros, siempre he dicho que estarían mucho mejor si los hubieran metido en esos viejos pisos de la zona de almacenes. Ahora es demasiado tarde, por supuesto. Nada se puede hacer ya. Pero, sin duda, fue un grave error», dijo la madre, y meneó de nuevo la cabeza. «Siempre lo he sabido».

«Vaya, supongo que tienes razón, mamá», murmuró Lee con aire ausente. «No lo había pensado, pero supongo que tienes razón».

«Y pensar que...», prosiguió la madre con aquella curiosa y fragmentaria expresión de desinterés que no era en absoluto desinteresada, «y pensar que ese hombre acabaría llevándosela... pensar que alguien pueda tener el corazón tan duro para... Oh, oh». La madre se estremeció con un breve y convulso gesto de repulsión. «Me hierva la sangre sólo de pensarlo. ¡Y mirad que se lo dije! Pensar que ese hombre demostraría no tener misericordia alguna cuando se la llevó del lugar donde estaba enterrada».

«¿Cómo? ¿Qué dices, mama?», preguntó Lee con el mismo aire ausente. «¿Llevarse a quién?».

«¿Que a quién, muchacho? A Lydia, por supuesto», dijo ella impaciente, gesticulando fugazmente delante de la antigua y erosionada lápida bajo la cual yacía enterrada la primera esposa de su marido. «¡Así fue como empezó todo este trasiego! Ni se nos habría ocurrido venir aquí de no haber sido por Lydia», bramó ella con inquietud. «Y aquí llevaba la mujer más de un año enterrada cuando a él se le metió en la cabeza que había que trasladarla... ¡Y con él no se podía razonar! ¡Era imposible discutir con él! Intenté convencerlo, pero fue como hablar con un muro. No, señor, no». En este punto, con un gesto decidido, meneó una vez más la cabeza. «Él ya había tomado una decisión, no había vuelta

atrás... y no cedía un milímetro... Pero escúchame, hombre, le decía yo, eso no está bien, la mujer debería quedarse donde está. No me agradaba para nada la idea. Hasta los muertos tienen sus propios derechos, le decía yo —de nuevo el poderoso y breve estremecimiento del rostro—. Donde el árbol caiga, ahí ha de permanecer. ¡Pero no! Él no me escuchaba, no había forma de hacerlo entrar en razón. Dijo: ¡La sacaré de allí aunque sea lo último que haga! ¡La sacaré de allí aunque tenga que cavar con mis propias manos y cargar el ataúd a mis espaldas hasta Riverview! ¡Pero es allí donde pienso llevarla, así que no vale la pena que discutas más conmigo! Y, claro, entonces me di cuenta de que ya estaba todo decidido y que no serviría de nada intentar hablarlo con él. ¡Pero, oh, qué terrible error, qué terrible error! —masculló ella con su poderoso movimiento de cabeza—. Tanto trabajo, tanto gasto para nada... Si eso era lo que quería, tendría que habérsela llevado a Riverview desde un primer momento... pero fue entonces cuando se le ocurrió comprar este terreno, claro. Y ésa es la razón —prosiguió en un tono más sereno— por la cual todos los demás están enterrados aquí. Así se arreglaron las cosas. ¡Aunque yo siempre lo he lamentado! Me opuse a ello desde el principio». Y por un momento se quedó en silencio, contemplando con mirada grave la lápida erosionada por la lluvia y el sol.

Luego continuó tranquilamente: «Pues bien, le dije entonces, cuando vi que estaba decidido y que no había manera de convencerlo de lo contrario... Fui al viejo cementerio el día en que la trasladaron... ¡Oh, era uno de esos días de marzo donde sopla un viento frío! Un día muy parecido al de su muerte. Y la vieja señora Wrenn y Amy Williamson. Por supuesto, ambas habían sido muy buenas amigas de Lydia. Ellas también vinieron conmigo al cementerio. Y desde luego, cuando estábamos allí, ambas tenían curiosidad, querían echar un vistazo, ya me entendéis —la madre continuó tranquilamente, describiendo aquel deseo macabro sin dar muestras de asombro—; e intentaron que yo también echara un vistazo. No, les dije, vosotras podéis ir a satisfacer vuestra curiosidad, si eso es lo que queréis, pero yo no pienso mirar. Les dije: Prefiero recordarla tal como era. El caso es que ellas fueron a mirar. Hicieron que el viejo Prov (ya sabéis, el viejo negro que trabajaba para nosotros) abriera el ataúd. Yo me di la vuelta y me aparté un poco hasta que ellas terminaron de mirar, y un rato después oí que se acercaban. Entonces me volví para mirarlas y, dejad que os diga algo: sus caras eran un poema. Oh, sí, estaban pálidas y temblaban. Espero que estéis satisfechas, les dije. Supongo que habréis encontrado lo que buscabais. A-a-ah, balbuceó la señora Wrenn, pálida como un fantasma, con las manos temblorosas y retorcidas, ya me entendéis. Oh, Delia, me dijo, es horrible, me arrepiento de haber mirado. Y yo: ¡Ajajá! ¿No os lo advertí? ¿Os dais cuenta ahora? Y ella: Oh, no quedaba nada, nada... todo podrido, estaba irreconocible. El rostro entero, tanto que se le veían los dientes y tenía las uñas muy largas; pero, Delia, el pelo, ¡el pelo! Oh, no te lo vas a creer: el pelo era muy hermoso, había crecido hasta cubrirlo todo, la cabellera más hermosa que he visto nunca. Aunque el resto... ¡Me arrepiento de haber mirado!».

«Os lo advertí, os lo advertí, les dije, sabía que os arrepentiríais, por eso no miré. Pero, en fin, así son las cosas», concluyó la madre con la serena satisfacción de los seres omniscientes.

VIII

En una esquina del terreno crecía un viejo algarrobo: su apacible sombra se dividía entre las tumbas familiares y el terreno contiguo, donde estaban enterrados los miembros de la parte materna, los Pentland.

Las lápidas de la familia (situadas en una suave pendiente) se hallaban dispuestas en dos filas paralelas. En la primera estaban enterrados los hermanos de John, Arthur McFarlane Hawke y Edward Madison Hawke, que eran gemelos; también estaba la primera hija de su madre, Margaret Ann.

Frente a las tumbas se alzaba el monumento de la familia. Se trataba de un enorme cubo de granito gris metálico, perfectamente bruñido, uno de los monumentos más hermosos e imponentes de todo el cementerio. Tenía el apellido familiar escrito en altorrelieve sobre su reluciente superficie y en cada extremo había una inscripción para su padre y su madre. Su padre había sido enterrado en el extremo del monumento que daba hacia el pueblo. La inscripción decía: «William Oliver Hawke. Nacido cerca de Gettysburg, Pensilvania, el 16 de abril de 1851. Fallecido en Altamont, antigua Catawba, el 21 de junio de 1922». La inscripción de la madre estaba al otro lado del monumento, de cara a su propia gente, y ponía: «Delia Elizabeth Hawke, Pentland de soltera, nacida en Forks of Ivy, antigua Catawba, el 16 de febrero de 1860. Fallecida...».

Excepto el de sus padres, todos los monumentos tenían, además del nombre y las fechas, un poema elegíaco grabado en una bonita letra cursiva que decía más o menos así:

Callada está la voz que tan bien conocimos,

borrado el rostro que una vez amamos

y elevado ya su puro espíritu para morar

con los ángeles del Cielo.

Nuestra la pena y nuestro el dolor,

sólo nuestra será también la alegría

de estrecharlo una vez más en nuestros brazos

al pie del trono del Señor.

Con la soporífera y menguante luz de la tarde, John alcanzó a ver a algunas personas que se movían por la gran colina de los muertos, entre las tumbas y los monumentos del camposanto. El silencio contemplativo propio de los cementerios en una tarde de domingo se había apoderado del lugar y bajo la luz agonizante incluso las figuras humanas tenían una

cualidad casi fantasmal, como sacadas de un sueño, a medida que se desplazaban.

La madre permaneció inmóvil, pensativa, apreciando la escena con sus fuertes manos apenas entrelazadas sobre la cintura. Luego miró hacia las tumbas de la familia, leyendo los versitos elegiacos. Y aunque había leído mil veces aquellas frases banales, volvió a hacerlo con una satisfacción inmensa, enmarcando las palabras con sus labios antes de asentir morosa y decididamente, en un gesto de confirmación enfática, como diciendo: «¡Ajajá, sí señor, eso es, exactamente!».

Durante un rato más permaneció mirando las lápidas. Luego fue a ver la tumba de Ed. Recogió un ramillete de hojas de laurel ya marchitas y pálidas, que alguien había dejado allí unas semanas atrás, y lo puso en la cabecera de la tumba, recostado sobre la base de la lápida. A continuación recorrió el resto de tumbas, inclinándose con un movimiento raudo y poderoso para arrancar a puñados las malas hierbas que habían crecido caprichosamente alrededor de los pedestales de algunos de los monumentos.

Una vez que hubo terminado, se puso frente a la erosionada lápida de Margaret, que parecía muy descuidada. Leyó la inscripción en las viejas letras borrosas y entonces, volviéndose a mirar a su hijo menor, habló con voz serena: «Esta mañana, a las ocho en punto, hace treinta y nueve años, perdí a la primera de todos los hijos que tuve. Tu hermana Margaret murió hoy, 14 de julio, a cuatro días de cumplir los nueve meses desde su nacimiento. Era el bebé más perfecto y hermoso que he visto jamás. La niña más sensible y lista para su edad». Y una vez más asintió con la cabeza, lenta y decidida, con su gesto de poderosa confirmación. Pensativamente, añadió: «Pasó un tiempo, tuve otros hijos, me mantuve muy ocupada, y hasta cierto punto logré apartar de mi mente el dolor. ¡No tenía tiempo para las penas! ¡Tenía mucho que hacer como para andarme lamentando! Luego, con el paso de los años, vino el golpe más duro de todos. A Arthur le llegó su hora. Por un momento creí que no podría levantarme. ¡Lo habría soportado igual si a todos los demás les hubiera llegado su hora! ¡No puedo entender por qué! —por un momento sus ojos castaños se humedecieron—. Pero Arthur se había vuelto parte de mí. De algún modo sentía que él sería el guía de los demás, y cuando me di cuenta de que se nos había ido, me pareció que todo estaba perdido... Nunca llegué a conocer a Ed —siguió con voz serena—, siempre quise hablar con él, pero era imposible. Sentía que una parte de él estaba ausente.

Quizás él sintiera lo mismo. Fue muy difícil perderlo, pero yo ya había sufrido la primera gran pérdida al morir su gemelo, la otra parte».

Hizo una pausa, mirando las tumbas por un instante, y luego añadió orgullosa y grave: «Creo que han acabado por reunirse, y si son felices me sentiré reconciliada conmigo misma. Creo que me los encontraré a ambos en la Esfera Celestial, junto a todos los miembros de nuestra familia. Todos felices en su nueva vida».

Volvió a guardar silencio y, con un movimiento fuerte y decidido, se dio la vuelta y miró en dirección al pueblo, donde las luces nocturnas empezaban a encenderse, con su brillo fulgurante y sostenido en medio de la oscuridad.

«Venga, hijitos, vámonos a casa», exclamó con súbito regocijo, «ya está oscureciendo y hay gente que nos espera». A continuación, posando su enorme mano en el hombro de John con un gesto cálido, enérgico y suave a la vez, y hablándole con aquel viejo tono medio burlón que usaba tan a menudo cuando era niño, le dijo: «He vivido mucho tiempo en esta tierra, y como dicen por ahí, ha llovido mucho desde entonces. Tienes toda una vida por delante. John: mucho que aprender y mucho que hacer, pero déjame decirte algo, muchacho —lo miró fijamente con una expresión fatal y una leve sonrisa en la comisura de los labios— Sal ahí fuera a conocer mundo y a disfrutar del vagabundeo, pero luego, luego, ¡regresa y dime si has encontrado un lugar mejor que tu hogar! Mi vida ha sufrido muchos cambios y aún me tocará padecer muchos más antes de morir. Pues siempre hay grandes cosas reservadas para nosotros: grandes progresos, grandes inventos. Y todos se harán realidad. Quizás yo no viviré para verlos, pero tú sí. Tenemos un grandioso pueblo y gente buena capaz de echarlo a andar, nos queda mucho por delante. He visto cómo esto crecía desde que era sólo un pequeño pueblo de campesinos. Y algún día, estoy segura, tendremos una gran ciudad aquí».

IX

¿Una gran ciudad? Él sabía que aquellas palabras habían surgido del corazón de su madre, de toda la invencible fe de un espíritu indomable que había soportado la angustia, el dolor y el sufrimiento de cien vidas juntas y que ahora ya no cambiaría. Ese espíritu implacable se enfrentaría al futuro, hasta el último instante de su vida, con la misma convicción inflexible, y saldría triunfante de todos los ruinosos percances y azares de la vida. John lo sabía. Y para ella aquella «gran ciudad» de la que hablaba ahora era la ciudad de su corazón, su fe, su espíritu. Él lo sabía. La ciudad del futuro eterno, la ciudad de la esperanza inextinguible, la ciudad de la vida afortunada, buena y feliz que algún día, estaba segura, se encontraría aquí en la tierra para que todos los hombres pudieran habitarla.

Pero aquella otra ciudad, aquella obra rutilante y explosiva de la furia destructiva del hombre que ahora perturbaba su campo de visión bajo la luz del atardecer, ¿qué tenía reservado el futuro para aquel lugar y su gente?

En aquel extraño y salvaje apetito por lo que ella había descrito como una vida mejor, una ciudad más grande, en aquel delirio de intoxicación que los arrastraba a todos, había en realidad algo fatal y desesperado, como si lo que ansiaran fuera la ruina y la muerte. John tuvo la impresión de que estaban todos arruinados: le pareció que incluso cuando reían y gritaban y se daban espaldarazos los unos a los otros, en el fondo de todos anidaba la conciencia de su propia ruina. Y no les importaba, porque estaban ebrios y locos y enamorados de la muerte.

Pero bajo la apariencia luminosa y feliz, la penuria de sus planes, la mezquina pobreza de sus vidas era ya evidente para todos. La vida se reducía cada vez más a unos pocos gestos estériles y confusos: construir una casa fea y cara y comprar un coche y afiliarse a un club de campo, para luego construir otra casa más grande y más fea y más cara, comprar un coche más caro y afiliarse a un club de campo más grande y más caro; todos estaban inmersos en esa rutina, efectuando todas las repeticiones de una idiota monotonía, construyendo nuevas casas, nuevas calles, nuevos clubes de campo con frenética prisa y salvaje extravagancia; pero el alimento que saciaba su apetito no estaba en ninguna parte, ni la bebida que calmaba su sed. Eran como ardillas muertas de hambre, desoladas y perdidas, que corrían impetuosamente en una rueda giratoria dentro de su jaula. Y eran conscientes de ello, lo sabían.

Una oleada de energía ruinoso y destructiva se había estancado en su interior. Habían despilfarrado fabulosas sumas en calles inútiles y puentes, habían derribado los antiguos edificios públicos, el juzgado y el ayuntamiento, para levantar otros nuevos de quince plantas de alto y lo bastante grandes para satisfacer las necesidades de una ciudad de un millón de habitantes; habían aplanado las colinas y perforado las montañas construyendo magníficos túneles pavimentados, con dos carriles para los coches y relucientes ladrillos; túneles que

desembocaban en la mismísima Arcadia de la vida salvaje. Era algo loco, exasperante, ruinoso. Habían derrochado las ganancias de toda una vida para hipotecar las de toda la generación venidera; se habían arruinado a sí mismos, a sus hijos, a su ciudad y nada podría detenerlos.

El pueblo entero ya no les pertenecía, ellos ya no eran sus dueños: todo estaba hipotecado por quince millones de dólares, bajo propiedad de un grupo empresarial del Norte. Incluso las calles por las que caminaban habían sido vendidas. Y aun así no dejaban de comprar, comprar, comprar, firmando papeles que exigían el pago equivalente al rescate de un reino a cambio de unos pocos metros de suelo, volviendo a vender al día siguiente a otros hombres enloquecidos que empeñaban sus vidas con la misma jactancia y la misma inconsciencia. En el papel, sus ganancias eran fabulosas, pero su *boom* ya había terminado, sólo que nadie era capaz de darse cuenta. Se tambaleaban bajo el peso de unas obligaciones que ninguno podría cumplir. Pero seguían comprando.

Y por si fuera poco, cuando parecía que ya se habían agotado todas las posibilidades de ruina y extravagancia en el pueblo, corrieron hacia el campo, a la serena eternidad de las montañas, a las líricas inmensidades de la tierra salvaje donde había tierra suficiente para todos los seres humanos, donde cualquier hombre podría haber tomado tanta tierra como le hiciera falta, hasta allí llegaron aquellos locos para cercar pequeñas porciones y segmentos de terrenos salvajes, como quien intenta poner una cerca en medio del océano. Además, le pusieron nombres ostentosos a aquellas parcelas y cercados: *Peñas bravas*, *Acre oscuro*, *Cresta del águila*. Uno solo de aquellos terrenos valía lo mismo que una montaña entera. Y hacían planos y diagramas que mostraban comunidades populosas y sofisticadas con tiendas, casas, calles, caminos y clubes en regiones donde no había ni camino, ni calle, ni casa alguna, y a las que sólo se lograba acceder en aeroplanos o guiados por un grupo de resolutivos y desesperados pioneros armados con hachas.

Aquellos lugares serían transformados en idílicas colonias para artistas y críticos y escritores. Allí cabrían todos los artistas y críticos y escritores de la nación. Y habría colonias también para los predicadores, los médicos, los actores, los bailarines, los jugadores de golf y los ingenieros ferroviarios retirados. Habría colonias para toda clase de gente. Y lo que es peor: las vendían.

Corría ya el mes de julio de 1929, el año fatal que trajo la ruina a millones de personas en todo el país. Pero aún entonces estaban ebrios de triunfos imaginarios, lanzando gritos y empujones entre el tumulto polvoriento de la batalla, sufriendo la derrota justo donde creían que el triunfo sería aún más grandioso, al punto que el panorama desolador y yermo de su ruina no aparecería con claridad ante ellos hasta varios años más tarde.

X

Y ahora, mientras observaba desde la colina aquel extraño y nuevo pueblo, aquella increíble conversión en una ciudad que había enloquecido de la noche a la mañana, John recordó de repente la imagen nocturna de las calles muertas de su infancia.

El patrón mortuorio de su apariencia melancólica y despoblada había quemado la memoria de John con su ácida impronta. Vacías, invernales, desiertas, hacia las diez de la noche aquellas calles solían ser para él una dolorosa monotonía, una fatiga de luces duras y aceras vacías, un helado estupor apenas roto de vez en cuando por los pasos de algún caminante nocturno, por los seres desesperados y hambrientos que todavía esperaban sin esperanza, más allá de la fe, la llegada de algún paraíso de comodidad, calor y amor, la súbita apertura de una puerta mágica que los condujera a una vida secreta, rica y más exultante. Por supuesto, nunca la encontrarían. Morirían en la oscuridad y lo sabían. Sin metas, sin un muro, sin un propósito definido, sin una puerta.

Pues a ese punto habían llegado las cosas. Así es como había sucedido. Sí, era allí (durante tantas noches remotas ganadas con tanto esfuerzo, en diez mil pequeños pueblos y en diez millones de calles vacías donde toda la pasión, la esperanza y el hambre de los hombres hambrientos latía como un único gran pulso a través de los campos de la noche), era allí, y en ningún otro lugar, donde toda aquella locura había fermentado.

Pero ¿qué había cambiado en el mundo? Bajo sus pies, la tierra permanecía quieta y eterna como siempre. Y alrededor de ellos, en el cementerio, el aire se demoraba con un calor perezoso y soporífero. Estaban el canto dulce de los pájaros otra vez, el repentino repiqueteo de las alas entre la maleza y las hojas, el agudo canto de las cigarras; los ruidos perezosos venidos desde muy lejos: una voz en el viento, el grito de un niño, un llanto, el tañido de una campana; la fragancia adormecedora de mil esencias embriagadoras: el olor resinoso de los pinos y los olores de la hierba y el trébol dulce y cálido. Todo esto seguía siendo como siempre había sido, pero el pueblo donde había pasado su infancia y que se extendía ante él bajo la luz del crepúsculo ahora le resultaba irreconocible: el pueblo, con sus calles silenciosas y sus antiguas casas de madera, casi todas oscurecidas por las pobladas ramas de los árboles, aquel pueblo, sufría el acoso de crudos parches de hormigón donde el sol golpeaba con fuerza, o de crudas aglomeraciones y floraciones de nuevos edificios (rascacielos, aparcamientos, hoteles, rutilantes atrocidades residenciales de estuco y ladrillo a la vista), o quedaba marcado y rasgado por nuevas calles y carreteras.

El lugar parecía un campo de batalla; tenía cráteres y escombros de terribles explosiones de ladrillo y hormigón por todas partes. Y en los intersticios aparecían confundidos los restos del viejo y sosegado pueblo, tímido, en retirada, sobrecogido, casi como un recordatorio, en medio de todo aquel estrépito cruel y novedoso, de los pasos de aquellos hombres que volvían a casa al mediodía caminando por calles apacibles,

de las risas y las voces serenas entre el crepitar de las hojas cuando caía la noche. Todo aquello se había perdido para siempre.

Esta imagen de su pérdida, de la pérdida de todos, pasó por la mente de John a la velocidad de la luz, con la instantaneidad del pensamiento, y entonces oyó la voz de su madre nuevamente: «Y volverás», la oyó decir, «porque no hay mejor lugar, no hay lugar más bonito en toda la tierra que estas montañas, muchacho. Algún día volverás».

Y una luz antigua y trágica ardía como la luz de un sueño sobre el riachuelo pedregoso que había visto en algún lugar, quién sabe dónde, a través de las ventanillas de un tren mucho, mucho tiempo atrás, en su infancia, durante un instante previo a la memoria, una luz que marcaría su corazón para siempre con una magia imperecedera. Y esa luz antigua y trágica del final del día iluminaba ahora las caras de su madre y de su hermano. De pronto, todos se quedaron inmóviles como una profecía, en medio de las colinas y el río que los rodeaba y de algo perdido y fugaz como los viejos tiempos o el destino; en una especie de magia que no podía explicar.

Desde la orilla lejana y oscura del río le llegó el sonido de una campana, del silbato y la locomotora. Aquello trajo consigo, como le ocurriera tantas veces en su infancia, la promesa de un mañana, de nuevos territorios y ciudades resplandecientes.

El gran tren que rodaba por los raíles que cruzaban el río. El tren que se alejaría dejando sólo el trueno perdido y solitario, un eco en el río, el breve fulgor de su formidable caldera, el solitario rumor de las pesadas ruedas y los vagones cargados; y, por último, sólo el silencio.

Ya muy lejos, casi a punto de desaparecer en la noche, pudo oír por última vez el silbato del tren, como un grito postrero, con su profecía salvaje y secreta, con el dolor de las partidas y, a la vez, su triunfante promesa de nuevos territorios. Vio la luz solitaria que alumbraba en los rostros de su madre y de su hermano y sintió un dolor intolerable, pues sabía que pronto se marcharía y los dejaría solos, al mismo tiempo que una inefable sensación de triunfo. Y algo en su corazón le dijo, como el susurro de un demonio, como el demonio de un júbilo sin contornos que le hablaba de la oscuridad y de la fuga, de las nuevas tierras que podría tocar y hacer suyas, algo en su corazón le dijo: «¡Pronto, pronto, muy pronto!».

Subieron todos al coche de nuevo y se alejaron a toda prisa de la verde colina de los muertos. La mujer ansiando la certidumbre de las luces y la gente allá abajo. Su hijo, en busca de un tren, de otras ciudades; de todas las aguas doradas de la mañana, los mares, los puertos, la magia de los barcos.



Thomas Wolfe nació en Asheville en 1900 y murió en Baltimore a los treinta y ocho años, víctima de la tuberculosis. Considerado como uno de los más importantes narradores norteamericanos de la primera mitad del siglo XX, y admirado por sus coetáneos: de William Faulkner —quien dijo de él que era el mejor escritor de su generación— a Sinclair Lewis

—que incluso lo citó en su discurso de recepción del Premio Nobel—, su novela *El ángel que nos mira* (1929) obtuvo gran resonancia en su país y en buena parte de Europa. Le siguieron otras obras de igual envergadura, como *Del tiempo y el río* (1935) o las póstumas *The Web and the Rock* (1939) y *You Can't Go Home Again* (1940). Wolfe es recordado especialmente por sus piezas maestras en formato breve, como *Una puerta que nunca encontré* (1933) y *El niño perdido* (1937), publicadas recientemente en español, y que han sido recibidas con entusiasmo por la crítica: «Prodigiosa exactitud emocional» (Francisco Solano, *El País*); «Asombrosa perfección formal» (Rafael Narbona, *El Mundo*); «La escritura de Wolfe parece arrebatada por un soplo angelical» (Antonio Bordón, *La Provincia*)—, «Pura, exacta y emotiva» (Alfonso López Alfonso, *La Nueva España*); «Uno de los relatos más bellos y conmovedores que hayamos leído nunca» (Ignacio F. Garmendia, *Diario de Sevilla*).

